

PANEGYRICO

DE SAN BERNARDO,

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA
de Nevillans , en la Calle de San Hono-
rato, el dia 20. de Agosto de 1683.

*Dedit illi scientiam Sanctorum , honestavit
illum in laboribus , & complevit labores
illius.*

El Señor le dió la ciencia de los Santos, lo
sacó glorioso en sus trabajos, y lo col-
mó de bendiciones. *En el Libro de la Sa-
biduria, cap. 10. v. 10.*



Si no fuera licito juzgar de los Santos,
sino como ellos han juzgado de sí
mismos, y si no nos quedase otra
pintura de su virtud, que la que
ellos nos han hecho, en vano, Seño-
res, os congregariais aqui para oír
el elogio de San Bernardo. No ten-
dria yo mas que deciros, sino que
por grande que fue delante de Dios, y de los hombres,
siempre fue pequeño á sus ojos; que mereció todas las
alabanzas, y jamás sufrió ninguna de sí; que tuvo á

sus

sus defectos por verdaderos, y á sus virtudes por defec-
tuosas: Que todo el Mundo le tuvo por Santo, y que
á él solo le pareció, que no lo era.

Ninguna cosa le pareció tan poco apreciable, como
la estimacion, que se hizo de su persona: Toda quanta glo-
ria le resultò de parte de los hombres, le pareció vana,
y la reputacion de su virtud sirvió de molestia á su vir-
tud misma. No se complace en los honores; conosece
en las humillaciones; teme siempre, que se le alabe, para
engañarle, ó que se engañen, quando le alaban. Apela
del favorable juicio de sus amigos al testimonio de su ti-
mida conciencia: Cree, que los otros le alaban por con-
jetura, ó por opinion, y que él se desacredita á sí
por proprio, y verdadero conocimiento, y teme, que
todo quanto bien se dice de sí, sea un lazo, que se le
prepara á su vacilante humildad, ó una caridad, que se
exerce con él á expensas de la verdad, y de la justicia. Es-
tos son, Señores, sus mismos terminos, y poco falta,
para que al recoger estas reliquias de su espiritu, que nos
han quedado en sus obras, no suspenda yo aqui mi dis-
curso, para reverenciar por un respetuoso silencio, lo que
este Santo tuvo valor de ocultar por una santa modestia.

Pero la humildad no tiene ya derecho sobre las vir-
tudes, que se han consumado: Es necesario alabar al Se-
ñor en sus Santos, quando él mismo les ha dado, des-
pues de su muerte, la alabanza, que les es debida. To-
memos de encima de los Altares del todo poderoso aque-
lla porcion de incienso, quiero decir de estimacion, y de
elogio, que les prepara. Subamos á los Pulpitos, en don-
de se anuncia la palabra de Dios, para animar á los fieles
por el exemplo de aquellos, que tan sabia, y tan con-
stantemente lo han practicado. Temamos solamente que
la alabanza de un Santo pierda su eficacia en la boca de un
pecador. Virgen santa, vos le mirasteis, como á vuestro
hijo: El os honró, como á su Madre: Vos fuisteis el ob-
jeto de su tierna piedad, y la materia mas frequente de

sus

sus elogios. Si por sus vivas exhortaciones os atrajó tantos votos, y tantos omenages, si por vuestras poderosas intercesiones vos le haveis alcanzado tantas luces, y tantas gracias, nosotros imploramos vuestro socorro, nosotros asilo esperamos, y os decimos con el Angel:

AVE MARIA.

Quando Dios, para gloria suya, y para la salvacion de sus escogidos, quiere suscitar en su Iglesia, aun en los tiempos de error, y de discordia, hombres capaces de sostener su verdad, y de restablecer su disciplina, los ilustra con sus luces, á fin de que ellos mismos esten persuadidos, de lo que deben enseñar á los otros. Honralos delante de los hombres, para darles mayor autoridad, y mayor credito, quando conviene edificar, ó destruir, arraigar las buenas costumbres, ó detener los escandalos del siglo; y los recompensa por el buen exito, que dá á sus trabajos, y por las bendiciones, que derrama sobre sus palabras, y sobre sus obras. Si Dios observa de ordinario esta conducta respecto de los santos, se puede decir, que respecto de San Bernardo, la ha observado con magnificencia. Eligióle en medio de la Barbarie, y de la ignorancia, para darle la ciencia de los Santos. Lo ha elevado sobre todas las potencias del Mundo, dandole una autoridad como universal sobre todos los estados, que estaban fuera de su regla. El Señor le ha recompensado, echando la bendicion á sus trabajos, y haciendo ver sus buenas intenciones cumplidas por su gracia; para lo qual os haré ver

1. A San Bernardo lleno de la ciencia de Dios.
2. A San Bernardo revestido de la gloria, y del poder de Dios.
3. A San Bernardo acompañado de la gracia de Dios en todas sus empresas.

Este será todo el asunto de este discurso para vuestra instruccion, y para vuestra edificacion.

PRI-

PRIMERA PARTE.

Quando hablo de la ciencia de San Bernardo, no entendais un conjunto presuntuoso de esteriles, y vanos conocimientos, que se adquiere por el estudio, y por el trabajo, que se alimenta de curiosidad, y de orgullo, que ordinariamente cae en el error, y en la contradicion, y que (segun San Agustin) puede ser de algun adorno para el espiritu, pero de ningun socorro para el corazon. Hablo sí de una ciencia, que toma su origen de la de Dios, que mas se forma en el corazon, que en el espiritu; que se conserva por la humildad, y por la oracion, y que produce la justicia, y la caridad. La Escritura unas veces la llama *ciencia de el alma*, (a) porque hace conocer el precio, y la dignidad de ella: otras veces, *ciencia de la salvacion*, (b) porque ella descubre los medios, y la importancia: y otras, en fin, *la ciencia de los santos*, (c) porque ella enseña, como se ha de llegar á serlo.

Tal fue el don de luz, y de inteligencia, de que San Bernardo fue prevenido desde su infancia: Acostumbróle Dios, como á otro Samuél, á la revelacion de sus voluntades, y de sus Mysterios, y en el profundo silencio y santo horror de una noche consagrada al nacimiento del Salvador del Mundo, presentandosele delante de sus ojos el Verbo hecho carne, tal, como salió del seno de su Madre Virgen, y pareciendo querer nacer segunda vez para él, hizo crecer la tierna fé de este dichoso, y santo Niño, y sus primeros afectos, por la inteligencia de este Mysterio, de que estuvo penetrado toda su vida.

Su-

(a) Prov. 19. v. 2. (b) Luc. 1. v. 77. (c) Sap. 10. v. 10.

Supo tambien sacar las consecuencias de este principio y conociendo por lo que Jesu-Christo havia hecho , para salvarle , lo que él mismo debia hacer por su salvacion, resolvió asegurarse en ella por un solemne desprecio del Mundo , cuyos peligros , y tentaciones temia. Comenzando la idea de una belleza mortal á encender en su tierno corazon un fuego fatal á su inocencia , se arroja en un estanque elado , para apagar aquella primera llama , que comenzaba á abrasarle. Entonces, reuniendo las fuerzas de una vida , casi muerta , castiga la indiscreta curiosidad de una mirada , que se le escapó , casi contra su voluntad : Entonces, bolviendo á encender su caridad en medio de las aguas , prohíbe á sus ojos el bolver á mirar, los objetos , que le pudiesen agradar. Allí es donde , sosteniendole la gracia en el desfallecimiento de la naturaleza , ahoga su concupiscencia hasta en su origen , y nos enseña á vencer la tentacion , antes que se apodere de nuestra alma. Porque nosotros caminamos sin temor, y sin precaucion , nuestras pasiones se insinúan, nosotros nos fiamos en nuestra debil razon , como si fuese capaz de contenerlas dentro de los limites, y medidas, que les competen. Ellas , à pesar nuestro , se fortifican , se esparcen, y nos sujetan. Al principio no suele ser mas, que una curiosidad sin intencion , despues viene un afecto , que parece honesto , mezclase en él alguna complacencia mundana : El espiritu se vá poco á poco inclinando ; el corazon se entenece : buscansé los medios de agradar ; la inquietud se deja sentir : A medida de lo que se vé el objeto , el deseo de verse , se vá aumentando , formansé en el alma ciertos deseos vagos , que al principio apenas se discernen , de aqui provienen aquellas inteligencias criminales , aquellos comercios escandalosos , aquellas continuas agitaciones , y todas las funestas consecuencias de una passion igualmente fatal , é inquieta, ora sea que se pueda salir con ella , ya sea que no se puede satisfacer.

San Bernardo convencido por sus primeras experiencias

cias de la necesidad de velar sobre la guarda de su alma, conoció, que no havia medio mas seguro, para vencer el Mundo, que huir de él. Ni la inocencia de su vida , ni la bondad de su natural , ni la santidad de su educacion , le parecieron capaces de mantenerle en sus buenos propósitos. Meditó el retiro , miró con desden las esperanzas de una fortuna risueña , y la futura felicidad , que el Mundo le prometia ; y temiendo no ser engañado , quiso él mismo engañarle con su renuncia , y abandono. Aquellos, á quienes Dios llama á la Religion , de ordinario ocultan el animo, que tienen ; hasta el momento, en que lo ponen en execucion ; formase de su vocacion , como una especie de Mysterio ; no sea que esta se halle turbada por dos obstáculos, que la suelen poner : Desconfiase de sus fuerzas , y de su valor : Temese el ser enternecido por sus Padres, ó ser ganado por sus amigos : Se consulta , se prueba sin descubrirse : Eles , en fin , un secreto , que no se quiere confiar mas, que á Dios , y que se oculta cuidadosamente en su conciencia : Teniendose por demasiado feliz en desaparecerse al siglo , á su familia , y aun á sí mismo , de salvarse poco á poco en la soledad , y de comenzar á vencer al Mundo por el temor de ser vencido. Mas en la vocacion de San Bernardo hay mayor gloria ; y mayor nobleza ; él informa á todos sus amigos del animo, que tiene ; publica lo en su familia ; y no se contenta con evitar el peligro , en que se halla ; quiere tambien mostrar á los otros el camino, que deben seguir, para evitarle. No solamente se retira él del Mundo , sino que quisiera , si pudiese ser , despoblarle del todo ; ó á lo menos no dejar en él nada que le tocasse ; y así llevandó consigo al desierto Padres , Hermanos , Hermanas , y Amigos , por joven que fuese , llegar á ser como la cabeza de su casa , y el Patriarca de su familia.

Pero , ¿y qué retiro eligió San Bernardo ? Quando se apodera de ciertos espíritus medio convertidos no mas, un deseo de separacion , y un disgusto de las cosas del

Mundo buscan casas de comodidad, y Monasterios bien fundados, donde bajo un habito, y observancias de Religión, se pueda conservar, quanto espíritu de Mundo tienen animo de reservarse. Si han formado la idea de ser solitarios, quieren á lo menos forjarse una soledad á su antojo, renuncian las dignidades del siglo, es verdad, pero gustan de honrarse con su piedad, y para consolarse en aquello de haverse retirado de los hombres, están bien hallados, con que los mismos hombres igualmente se acerquen á ellos. Mas no así San Bernardo, que jamás tuvo semejantes consideraciones, ni respetos; él se dijo á sí mismo, lo que despues ha dicho á todos los Christianos: *Que era necesario romper enteramente, y sin detenerse, todas las cadenas, que detienen á una alma, quando Dios la llama.* (a) Y así buscó un retiro, donde pudiese olvidar al Mundo, y estar olvidado de él, y practicar la virtud, sin tener la fama de virtuoso.

Ya havia quince años, que la casa del Cister vivian en una estrecha, y severa disciplina. Un ayuno, sin relajacion, un eterno silencio, una soledad impenetrable, un trabajo continuo, y una incesante contemplacion, eran las principales reglas de los que se acogian á este piadoso Instituto. Ellos eran pobres, y amaban la pobreza; El Mundo era desconocido de ellos, y ellos eran desconocidos del Mundo. Notabáse en ellos tanto el fervor de los que comenzaban, como la virtud de los perfectos; y encerrándose en el secreto de sus corazones, no buscaban en los servicios, que hacian á Dios, sino la gloria del Dios, á quien servian, ni otra alabanza de sus virtudes, que el testimonio de su conciencia. Pocas eran las gentes, que havia capaces de tan grande perfeccion; su vida

(a) *Si vis incipere perfectè incipe.* San Bernardo.

era santa, pero parecia inimitable; y aterrando la austeridad á los que su piedad podia atraer, era de temer, que su santa disciplina se acabase con ellos, y que jamás tuviesen herederos de su pobreza, ni sucesores de su penitencia.

Pues allí fue donde San Bernardo resolvió llevar el yugo del Señor desde su tierna juventud, y morir al afecto, y á la memoria de todos los hombres. Allí fue donde se retiró, se ocultó, y como que se perdió, digámoslo así, á la manera de un vaso, (a) que ya no se hace mas caso de él, y que ya no vale para ningun uso. Aquel hombre, que havia de ser un vaso de eleccion, no solamente para restablecer, y para honrar el Orden Monastico, sino tambien para llevar su nombre delante de los Reyes, y los Pueblos de la tierra, se reputa como un siervo inutil, que no merecia, que le sufriesen en la casa del Señor; ó como un pecador, á quien la paciencia de Dios convidaba á la penitencia.

Aquella soledad fue para él, como una escuela de ciencia, y de santidad, donde, purificandose su espíritu, y separandose en cierta manera de su cuerpo, se hizo mas capaz de recibir las impresiones de la gracia. Hayas, y Encinas, Dehesas, Santos Bosques, á quienes llamó sus preceptores, y sus Maestros, decidnos, ¿quántas veces á la sombra de vuestras hojas, y ramas le visteis recibir las luces del espíritu de Dios, quando se daba á la meditacion de las cosas celestiales? ¿Quántas veces le oisteis vosotros no turbar, sino honrar vuestro silencio con algunas interrumpidas palabras, quando derramaba su alma delante de Dios, y dejaba salir mas de su corazon, que de su boca, algunos rasgos de aquellas eternas verdades, que havia de anunciar al

E 2 Mun-

(a) *Factus sum tanquam vas perditum.* Ps. 30. v. 13.

Mundo? ¿Quántas veces se retiró á vuestras mas intrincadas y remotas sendas, donde permaneció inmobil en la contemplacion de un Mysterio, de que estaba poseído, ó de un pasage de las Escrituras, de quien buscaba con humildad, asi el sentido, como la inteligencia?

Lo que á nosotros ordinariamente nos impide adelantar en el conocimiento de Dios, y de sus verdades es la grandisima libertad, que damos á nuestros sentidos. Por ellos es, por donde el espiritu se derrama, y se entrega á tantos objetos de vanidad, que le detienen, y le disipan. Por ellos es por donde pasan al alma tantas figuras, y diferentes imagenes, que la ocupan, y la inquietan; de allí proviene, que poniendo nuestra aplicacion en esta diversidad de representaciones, y de pensamientos mundanos, no somos, ni dignos, ni capaces de concebir los de Dios. Mas por lo que toca á San Bernardo, jamás hubo recogimiento mas perfecto que el suyo; apenas permitia á sus sentidos las funciones necesarias al comercio de la vida civil: Su alma atenta, y recogida en sí misma no se servia de ellas, sino para los oficios de piedad. Como no vivia mas que por el espiritu, y como todo su espiritu le tenia puesto en Dios, viendo, no veía, oyendo, no oía, y comiendo, no hallaba gusto. Toda la naturaleza havia llegado á ser para él como invisible: No solamente estaba mortificada su curiosidad, sino que tambien estaba muerta. Jamás interrumpieron el curso de su oracion aquellas imprtunas distracciones, que á pesar del deseo, y de la voluntad, casi siempre divierten por necesidad la imaginacion, y la memoria. ¿Y nos admiraremos ya de que en aquella entera aplicacion de su espiritu, amontonase aquellos tesoros de ciencia, y de sabiduria, que despues ha comunicado con tanta edificacion, y tanta eficacia?

Hay tambien esta diferencia entre la ciencia, que se adquiere por el estudio, y la que es inspirada de Dios; que la primera no tiene aquella fuerza secreta, que persuade, y que mueve la voluntad: Ella produce una vana admira-

cion

cion, y no una persuasion eficaz; muestra mucha doctrina, y no causa ninguna conversion. Pero la ciencia, que Dios inspira, se hace escuchar con atencion, pasa al espiritu de los que la oyen; le convierte, y reduce á creer, y casi necesariamente le obliga á asentir á la verdad. Tal fue la ciencia enteramente divina de San Bernardo. Si exorta á sus Religiosos, los penetra, los transporta, y los inflama. Si se aplica á la conversion de las gentes del Mundo, les imprime el temor de los juicios de Dios, y los atrae á la perfeccion christiana. Espada cortante de la palabra de Dios, tu llegabas hasta la separacion del alma, tu penetrabas hasta en medio de los huesos en las médulas, y en las mas secretas partes del corazon, tu separabas al Padre del Hijo, y al Hijo de el Padre, y tu rompias los lazos de la carne, y de la sangre, del amor propio, y de la naturaleza. Representaos vosotros aquel concurso de Pueblos, que venian á aprovecharse de las instrucciones de este santo hombre: Figuraos un auditorio christiano, á quien havia juntado la reputacion del Predicador, y á un Predicador, á quien el zelo de la salvacion de los hombres havia hecho salir de su claustro, para anunciarles la verdad, y predicarles la penitencia, é instruyamonos vosotros, y yo de vuestras obligaciones.

Los oyentes no iban allí para aumentar el concurso, sino para ser convencidos, y para instruirse; no para honrar al Ministro de la palabra, sino para aprovecharse de su ministerio; consideraban el Sermon como una exortacion, que debian oír con respeto, no como una simple relacion, de que debian ser Jueces: Su animo no era notar las faltas del Predicador, sino corregir sus propios defectos. No convertian aquellas asambleas de piedad, de modestia, y de silencio, en concurrencias tumultuosas de vanidad, de curiosidad, y de lisonja. No buscaban aquellas pinturas agradables de los vicios del tiempo, en que cada uno le parece ver el retrato del otro, y no el de sí mismo; donde se forma una especie de placer, aun de sus

mis-

mismos pecados, por las malignas aplicaciones, que se hacen sobre el de los otros, y donde se convierten las sabias, y prudentes reprehensiones del Predicador en secretas murmuraciones, y en satyras contra el proximo: Ellos venian dociles, y se bolvian contritos, y humillados, y las lagrimas, que derramaban, eran el elogio del Sermon, que acababan de oír. Los Ricos hacian un sacrificio voluntario de sus bienes; los pobres estaban contentos con su pobreza; los Prelados dejaban la purpura, para vestirse un cilicio: Veíanse humillar bajo el yugo de la obediencia cabezas formadas, para mandar, y destinadas para ceñir las coronas. Poblábanse los claustros, y el Mundo perdía la autoridad, que tenia sobre las almas.

El Predicador por su parte era digno de su empleo: No se havia ingerido en los Ministerios Evangelicos, antes de haverse purificado en el retiro; y no se atrevia á hablar de Dios, sino despues de haverle escuchado por largo tiempo en el secreto, y en el silencio. Por grandes talentos que tuvo para hacerse estimar, predicó á Jesu-Christo, y no se predicó á sí mismo: No se propuso la predicacion, como un medio de distinguirse, ó como un animo para llegar á las dignidades de la Iglesia: No se le vió jamás solicitar á los oyentes, para que le aplaudiesen, ni afanarse, por softener una dudosa reputacion, por medio del enredo, y de la faccion. No desmintió con sus costumbres la santidad de sus palabras, y siempre estuvo dispuesto á practicar en el retiro de su Celda, lo que acababa de enseñar á la luz, y en las Cathedras de la Iglesia. Buscó, no en sus propias invenciones, sino en las fuentes puras de las Escrituras, con que convencer, y con que mover á los pecadores. ¿Pues qué efectos tan maravillosos no debia producir en los animos una doctrina celestial en su origen, fiel en su dispensacion, ilustrada, y poderosa por la defensa de la fé, y de la verdad, quando ellas se viesen acometidas por el error, y por la mentira?

Levantaronse por aquel tiempo en la Iglesia ciertos espíritus vanos, y sutiles, que queriendo acomodar la razon humana con el Evangelio, y los Mysterios de Jesu-Christo con las reglas de Platon, y de Aristoteles, rompieron aquellos limites sagrados, que havian sido puestos por nuestros Padres, y confundieron la Philosophia, y la Religion. De alli vinieron aquellos razonamientos humanos en materias enteramente divinas, aquellas hinchazones de la ciencia tan contrarias á la simplicidad christiana, aquellas *profanas novedades* de palabras, y de sentimientos, que el Apostol manda evitar á su Discipulo. (a) Por estos metodos inusitados profanaban los Mysterios, en lugar de explicarlos; establecian para la creencia otro fundamento del que havia establecido. La luz natural, que debia estar sujeta á la fé, llegaba á ser arbitra en ella, y ya se iban formando sectas, y heregias en la Francia, si San Bernardo no huviese contenido la licencia, y la temeridad de aquellos Philosophos Theologos, por su espiritu, y por su zelo.

¿Con qué santa, y noble confianza se presentó en el Concilio de Sens, para hacerle ver á Pedro Abailardo las consecuencias, y los errores de su doctrina? Le exorta, le reduce, y le convence; opone al atrevimiento la modestia, á la novedad la fé de nuestros Padres, al espíritu del hombre la ciencia de Dios. Cede todo á sus luces, y á aquel hombre criado en las Escuelas, acostumbra á las especulaciones, y á la disputa, consumado en las ciencias humanas, que havia adquirido á fuerza de su ingenio, y de un estudio infatigable. Aquel hombre, que se creia capaz de responder á todas las dificultades, que se le opudiesen oponer; á aquel, que se jactaba de no ignorar, sino lo que el entendimiento del hombre no puede

(a) *Profanas vocum novitates debita.* vi. Timot. 6. xi. 10.